

contienda de donde resalte con evidencia la traición de Fritz.

— Es justamente eso, dijo Aurelia con una sonrisa de aprobación. Todavía algunas palabras más :

Desde mañana, no solamente la Aurelia que os habla, sino también la señora condesa de Monte-Cristo, van á desaparecer de París. El palacio de la condesa quedará pues vacante y dispuesto á ser alquilado con sus muebles que son muy lujosos.

Por otra parte, el barón de Matifay que cree su casamiento diferido indefinidamente, ha suspendido los trabajos del palacio suntuoso que hacia construir en la avenida Gabriela para pasar en él su luna de miel.

En cuanto al palacio de Puysaie, antes de dos meses, lo sabeis, será adjudicado al mejor postor.

Ahora bien, es menester ¿lo entendéis? es menester absolutamente que mientras se construye definitivamente su propio palacio, M. Matifay alquile el de la condesa de Monte-Cristo.

A vos os toca insinuar hábilmente esta idea al coronel Fritz, inventando un pretexto á sus ojos para establecer una absoluta necesidad de ello, y ninguna duda cabe que á su vez se la comunicará á su amigo el enamorado barón, que se apresurará á ejecutarla para complacer á Cipriana.

Creo que es todo : — ya veis que no hay nada mejor como explicarse para entenderse ; — vos veniais aquí como enemigo, yo os miraba con desconfianza, y ahora nos separamos uno de otro, el uno y el otro fuertes.

Ahora adios... ó más bien hasta la vista.

Este « hasta la vista », acompañado de la más seductora de las sonrisas, penetró en lo íntimo del corazón de M. Gigant. — Este « hasta la vista » ¿no era, en efecto, una deliciosa promesa?

En aquel retrete encantador todo hablaba; la voluptuosidad penetraba en los nervios por todos los poros, por el olfato, que enardecían mil emanaciones indecisas y alucinadoras, por los ojos, á los que la luz opaca invitaba á la somnolencia, por los oídos, que ningún ruido exterior podía herir en este sitio, en fin y sobre todo por el yo no sé qué lleno de enervamiento, de languidez y de amor que parecía emanar de la dueña de la morada.

M. Gigant no reflexionaba ya, no pensaba ya, no razonaba, estaba ébrio. — Si Aurelia le hubiese dicho : — Es menester morir, sin ninguna duda hubiera respondido : — Que yo muera.

Que yo muera, con tal de que vos me tendais aun esa mano, con tal que de nuevo la sienta yo entre las mias, con tal que mi labio bese de nuevo la extremidad de esos afilados y blancos dedos.

Pero la mano no se tendió, fué menester que por esta vez M. Gigant se contentara con esa palabra tan melosamente modulada :

— Hasta la vista.

XIII

LO QUE CUESTA UNA VICTORIA.

Cuando la puerta del retrete de Aurelia se cerró detrás de M. Gigant, cuando el ruido de sus pasos en el pavimento de la antesala dejó de oírse, la condesa, anonadada por el largo esfuerzo que acababa de hacer, se dejó á su vez caer en el sillón que él había ocupado.

Es que al evocar un fantasma ante los ojos aterrorizados de aquel hombre, había evocado también uno terrible para sí misma : su pasado.

Había tocado, había osado tocar á esos dolorosos recuerdos, y no había llorado, gritado, sollozado en las tristezas de su corazón.

¡Había tenido el valor de reír, de relatar con sangre fría esas habladurías cínicas, de representar la comedia en medio de este drama, de decir « amigo mío » á ese asesino; de dejarse besar la mano por ese monstruo, de poner sus brazos acariciadores sobre los hombros del asesino de su marido y de su hermano!

¡Había hecho esto y no estaba muerta!

A esta hora pagaba caramente su valentía.

¡Pobre velo negro, mantilla de la condenada, queridas reliquias veneradas, con qué ardor os besaba, con cuántas lágrimas no os regaba!

La puerta había vuelto á abrirse despacio : José, con las manos pendientes, permanecía en pie delante del sillón y contemplaba.

— Ya os lo había yo dicho, Elena, que este esfuerzo era demasiado pesado para vuestro valor.

— ¡Ay de mí! sí, suspiró, ¡tenías razón, José! siento que Dios se separa verdaderamente de mí; yo no me creía ya fuerte sino para el perdón y lo soy aun para el odio. ¡No! ¡no! el deseo de la venganza no se ha extinguido en mí; en presencia de ese hombre lo he sentido despertarse feroz, me ha parecido que mis queridos muertos me gritaban : Castigale.

Sí, he sentido que una áspera alegría me mordía el corazón, cuando le he visto aquí mismo pálido, amedrentado, encorvado bajo mi mano tendida, como si esta mano débil hubiese caído sobre él con todo el peso de la justicia divina.

— Es que en efecto, Elena, repuso José con voz grave, vos sois uno de los instrumentos privilegiados de esa justicia; vuestra misión os arma con una espada de doble filo, que es menester sirva á la par para libertar y para castigar. La una de las tareas vale la otra, creedme: el juez que condena cumple una obra tan noble como el sacerdote que ab-

suelve. — Nada de remordimientos, seguid vuestro camino y no desviéis vuestro pié clemente porque encontréis un escorpión.

Ella escuchaba, enteramente absorbida por su meditación interior.

— ¡Oh! murmuró estremeciéndose, no solamente es eso, ¿comprendes? sino no ser ya un ser viviente como los otros, susceptible, como los demás, de tristeza y de alegría : venir á ser el fantasma del pasado, encarnar el espectro desesperado del remordimiento, transformarse en una aparición de pesadilla y atravesar la vida arrojando á manos llenas el terror y la locura, hé ahí lo que he resuelto, hé ahí lo que voy á hacer, yo que creía no tener que derramar en derredor de mí sino el consuelo y el sosiego.

Hoy vuelvo á morir por segunda vez; me despojo de todas esas apariencias que me adherían al mundo de los vivos. Dentro de algunos días, la condesa de Monte-Cristo no existirá ya sino en la memoria de los que la han conocido; la brillante y fastuosa Aurelia habrá pasado como un meteoro; los pobres no verán ya deslizarse á lo largo de las paredes la dulceta color de hoja seca de la buena madama Lamouroux, y no quedará entonces sino un triste ser sin patria, sin familia, sin nombre, la imagen de la muerta que duerme para siempre en la tumba deshonrada del cementerio de Limoges.

¡Pues bien! sea así, puesto que ellos me obligan, puesto que alternativamente la condesa de Monte-Cristo, Aurelia y madama Lamouroux, esa triple encarnación de la misericordia, los han encontrado de través para contrariar su obra, ¡sea! esas imágenes clementes harán lugar á una imagen implacable. La piedra de la tumba en donde yo había creído sellar para siempre mi odio, se levanta, el espectro sale : ¡No haya gracia para los malditos!

Luego se sentó á un pequeño escritorio de concha, una maravilla de arte que se encontraba allí, y se puso á escribir precipitadamente, como si no hubiese querido dejar ningún intervalo entre su resolución y el cumplimiento de ella.

Las almas más fuertes tienen desfallecimientos; quizás tenía ella miedo de cambiar, de retroceder ante la lucha y la prueba.

— Estas cuatro palabras á mi notario, dijo, con el tono breve de un capitán general de ejército que dá órdenes á sus ayudantes de campo.

El palacio de Monte-Cristo debe ser puesto en venta desde esta noche.

O más bien, no, dijo retractándose después de un momento de reflexión; en alquiler solamente, tal como está amueblado, — y en disposición de habitarlo inmediatamente.

— Añadiré verbalmente, M. José, para explicar esta resolución repentina, que la condesa de Monte-Cristo parte para un viaje cuya duración ignora aun, y que no se reserva en el alquiler más que el pabelloncito de la extremidad del invernadero.

Es preciso también determinar acerca de la suerte de Ursula.

— Se piensa en ello, dijo M. José sonriéndose; Clemente

y la bondadosa Rozel hacen maravillas y todo va bien, por esta parte á lo menos.

— En ese caso, replicó Aurelia, la obra de madama Lamouroux está terminada, tanto mejor; pues me parece que con las nuevas ideas que me llenan el alma, mancho hasta el bien que pudiera realizar. Haced pues de manera que Rozel vuelva lo antes posible á ocupar su puesto en la calle Vivienne, y arreglad entre ambos la razón para explicar la desaparición de la señora viuda Lamouroux.

A las primeras órdenes de Aurelia, José no había respondido sino con una profunda inclinación de cabeza; pero esta vez su voz se elevó respetuosamente desobediente.

— No, Elena, Rozel no volverá. La conversión de Jacquemin está en buena vía, pero no es bastante sólida todavía para que se pueda uno fiar absolutamente en él antes de poner entre sus manos, si hay lugar, la dicha de Ursula; le reservo una última y decisiva prueba. Por otra parte, — y su palabra tomó un tono enternecido, casi filial, — por otra parte vos misma, en el momento de entrar en esta nueva fase, ¿os sentís bastante segura de vos misma? Os conozco, Elena, el odio no basta para llenar toda vuestra vida, os hace falta un rinconcito reservado al amor.

Vos os habeis impuesto, querida santa, el sublime deber de proteger y salvar á los otros; yo me he impuesto el de protegeros y salvaros á vos misma.

— Gracias, dijo la condesa meneando la cabeza, gracias, mi buen José; pero esos milagros no son de los que se hacen dos veces. Tú me has salvado la primera, porque no se trataba de combatir más que á enemigos invencibles, es cierto, solo en apariencia; pero de quienes se triunfa siempre con un corazón recto y una voluntad enérgica; hoy te estrellarías contra ese escollo, porque se trata de salvarme de mí misma.

— ¿Quién sabe? dijo José con su suave y fina sonrisa. Yo no os pido más sino que tengáis confianza durante algunas semanas todavía, y en seguida os doy la recompensa de vuestra obediencia.

— ¿En seguida? preguntó la condesa admirada, ¿una recompensa?...

— Y ¿qué otra mejor recompensa digna de vos, que una buena acción que cumplir? Ensayad, haced la prueba solamente, y mirad bien si, en ese corazón entregado enteramente á la venganza, no queda algún hueco para la compasión.

La condesa no pudo menos de sonreírse del tono dulcemente irónico de la frase.

— ¿De qué se trata?... preguntó.

— De la Pippione. Esa pobre niña no tiene ya á nadie, ahora que nosotros le hemos privado de Ursula. No podía dejársela, según lo mala que estaba, en poder de su brutal patron, y me he tomado la libertad de llevarla á casa de madama Lamouroux. Ya veis pues, que madama Lamouroux no puede marcharse teniendo todavía que consolar, y aun quizás que salvar á esta desgraciada criatura.

— Tú dices « quizás », replicó la condesa de Monte-Cristo; ¿es que tan mala está?

José meneó tristemente la cabeza y contestó:

— Tan mala, que solo un ángel del cielo podría obtener su curación, que todos los médicos mirarian como un verdadero milagro. ¡Ah! no es el cuerpo el que está más malo... es el alma.

— ¡Pobre niña! suspiró la condesa, ¡y tan joven!

— Ya veis bien que madama Lamouroux no ha muerto enteramente, exclamó alegremente José, y que mi remedio empieza á obrar. Sí, Elena; yo no sé; pero siento cierta voz que me dice que esa niña y vos estais destinadas á sosteneros la una por la otra. Es el sosten que la Providencia os envía en el momento mismo en que blasfemais de ella. Y la prueba de que no ve con ira vuestra resolución de justa venganza, es, que para dulcificar esta tarea amarga para un corazón como el vuestro, os envía esa niña para que la ameis.

Vos me deciais el otro día, en medio de las angustias de vuestro duelo: « ¡Mi hija, mi pobre hija ha muerto! » y yo os respondía: « ¿Quién sabe? »

Un corazón tan grandemente maternal como el vuestro, Elena, halla la fuerza suficiente para hacerse ilusiones que valen casi tanto como la realidad. La Pippione tiene la misma edad que vuestra hija; es pura como un serafín, hermosa como un ángel, está abandonada como vuestra Blanca, si es que existe todavía; y basta solamente que tenga el nombre de Blanca para que ameis á la Pippione.

La condesa de Monte-Cristo miró fijamente cara á cara á José, con sus ojos claros y penetrantes, como si hubiese querido sondear lo que pasaba en el fondo de su alma, y explicarse el sentido y la intención misteriosa que encerraban sus palabras.

— Teneis razón, José, dijo al fin: haré la prueba.

TERCERA PARTE

La Redentora.

I

RUINA DE CASA Y RUINA DE HOMBRE.

Razón es ya que volvamos á hablar de otros personajes de esta historia de los que no nos hemos ocupado hace largo tiempo.

Desde la fuga de su mujer y el abandono de Nini Moustache, el mal que minaba el corazón del conde Loredano de Puyssie hacia mucho tiempo, había hecho rápidos progresos.

Ya no le quedaba, para animarle y sostenerle, más que el afecto doloroso y caro al mismo tiempo de Cipriana, y la amistad ilusoria ó falsa del coronel Fritz.

Esta amistad tenía todas las apariencias cautelosas de una complicidad.

Pero llega un día en que, por muy unidos que entre sí estén los cómplices, se introduce el odio entre ellos; y un observador atento hubiese podido conocer que ese odio sordo reinaba ya entre el coronel y Loredano.

El origen de su amistad había tenido por base un servicio vergonzoso: una delación y un espionaje.

El alma de Loredano, á pesar de su caída, era todavía bastante noble para no acordarse de ello; así es que aun cuando se servía del coronel, empleándolo como agente de la policía ó como tercero en sus intrigas amorosas, en el fondo de su corazón lo despreciaba soberanamente.

En tanto que sus servicios le habían sido necesarios, había disimulado este desprecio, aun á sus propios ojos, bajo la forma de un desden frívolo y elegante.

Pero ahora que Fritz no podía serle ya útil, en vano trataba de negar la invencible repugnancia que le causaba semejante personaje.

Esta repugnancia era quizás más fuerte de lo que el

mismo Loredano se lo imaginaba; tal vez en ese sentimiento de repulsión instintiva que se esforzaba en reprimir al ver á Fritz, había tanto amor por lo que le había hecho perder, como desprecio por la clase de servicios que le había hecho.

Quizás, se decía él en el interior de su conciencia, cuya voz había tratado de sofocar en vano, que por culpable que hubiera sido ella — de lo que por desgracia, después de su propia confesión y de su fuga, ya no le quedaba duda alguna, — Hortensia era todavía para él una amiga más fiel, más segura y más noble que el coronel Fritz.

¡Ah! si ese maldito coronel no le hubiese dicho nada... si no le hubiese presentado las pruebas irrecusables que le obligaban á no poder cerrar los ojos y á tener que obrar con arreglo á ellas! Si no se hubiese visto forzado á sacrificar su tranquilidad doméstica á su dignidad comprometida á los ojos de un tercero, Loredano hubiese podido quizá encontrar algún resto de felicidad para sí.

Cierto que él habría tenido abierta siempre en su corazón la profunda herida de su duda; pero como Hortensia no era un alma vulgar, se habría esforzado con la mayor abnegación en curar aquella herida que ella misma había causado, y entonces él, así como otros muchos, se habría al fin llegado á adormecer en una tranquilidad engañosa.

Y ¿qué importa que sea engañosa la tranquilidad en que se adormece el alma?

¿Quién sabe? Cipriana hubiese venido á él; Cipriana, que se creía realmente ser la hija del conde, lo habría tratado como á su verdadero padre.

¡Oh! cuán dulce y tierno es ese afecto de una niña de diez y seis años que viene todas las mañanas á arrojarse en vuestros brazos y deposita sobre vuestros labios uno de esos besos que no son engañosos ni interesados!

¡El beso de una hija!

Pero ni aun le queda este dulce consuelo: porque ese afecto, el único que hubiese podido tener en sus ancianos días, él mismo lo ha destrozado, así como los otros.

Y lo había perdido, destrozado, por culpa del coronel Fritz.